

Aproximaciones al 1971 cubano a través de “Calibán”

Orlando Luis Pardo Lazo

incubadora ediciones

1

Estamos en 1971 y Roberto Fernández Retamar dice: *Un periodista europeo, de izquierda por más señas, me ha preguntado hace unos días: “¿Existe una cultura latinoamericana?” Conversábamos, como es natural, sobre la reciente polémica en torno a Cuba, que acabó por enfrentar, por una parte, a algunos intelectuales burgueses europeos (o aspirantes a serlo), con visible nostalgia colonialista; y por otra, a la plana mayor de los escritores y artistas latinoamericanos que rechazan las formas abiertas o veladas de coloniaje cultural y político. La pregunta me pareció revelar una de las raíces de la polémica, y podría enunciarse también de esta otra manera: “¿Existen ustedes?”*ⁱ

Estamos en 1971 y Julio Cortázar dice: *Revolución hecha de hombres, / llena estarás de errores y desvíos, llena estarás de lágrimas y ausencias. / Pero a mí, a los que tantos en horizontes somos pedazos de América Latina, / tú nos comprenderás al término del día. / Volveremos a vernos, a estar juntos, carajo, / contra hienas y cerdos y chacales de cualquier meridiano, / contra tibios y flojos y escribas y lacayos / en París, en La Habana o Buenos Aires*ⁱⁱ.

Estamos en 1971 y Roberto Fernández Retamar dice: *Pues poner en duda nuestra cultura es poner en duda nuestra propia existencia, nuestra realidad humana misma, y por tanto estar dispuestos a tomar partido en favor de nuestra irremediable condición colonial, ya que se sospecha que no seríamos sino eco desfigurado de lo que sucede en otra parte. Esa otra parte son, por supuesto, las metrópolis, los centros colonizadores, cuyas “derechas” nos esquilmaron, y cuyas supuestas “izquierdas” han pretendido y pretenden orientarnos con piadosa solicitud*ⁱ.

Estamos en 1971 y Heberto Padilla dice: *Yo no merecía el estar libre. Lo creo sinceramente; lo creo por encima de esta alharaca internacional que aprecio en el orden personal, porque creo*

que son compañeros que viven otras experiencias y otros mundos. [...] Yo inauguré el resentimiento, la amargura, el pesimismo, elementos todos que no son más que sinónimos de contrarrevolución en la literatura. [...] Yo dije que el escritor en Cuba no significaba absolutamente nada, que no era respetado, que no valía nada, yo ataqué consuetudinariamente a la Revolución. [...] Cuando he visto la cantidad de enemigos que vienen a nuestro país disfrazados de poetas, disfrazados de teatristas, de sociólogos, de fotógrafos, de lo que son posible... ¿para qué vienen? [...]. La Revolución no podía seguir tolerando una situación de conspiración venenosa de todos los grupitos de desafectos de las zonas intelectuales y artísticas. [...] Un sector políticamente a la zaga de la Revolución, políticamente a remolque de la Revolución, es el sector de la cultura y el arte. Nosotros no hemos estado a la altura de esta Revoluciónⁱⁱⁱ.

Estamos en 1971 y Roberto Fernández Retamar dice: La posición al respecto de la derecha, como era esperable, es monstruosa: aun hoy, sus más conspicuos voceros proclaman desvergonzadamente que la modernización de nuestros países (que en sus bocas quiere decir una entrega mayor, más completa al imperialismo) requiere el abandono por los indios de sus culturas, que es como decir de sus almasⁱ.

Estamos en 1971 y Fidel Castro dice: Porque ellos allá —todos esos periódicos reaccionarios, burgueses, pagados por el imperialismo, corrompidos hasta la médula de los huesos, a mil millas de distancia de los problemas de esta Revolución y de los países como el nuestro— creen que esos son los problemas. ¡No!, señores burgueses: nuestros problemas son los problemas del subdesarrollo y cómo salirnos del atraso en que nos dejaron ustedes: los explotadores, los

imperialistas, los colonialistas. Cómo defendernos del problema del criminal intercambio desigual, del saqueo de siglos: esos son nuestros problemas^{iv}.

Estamos en 1971 y Roberto Fernández Retamar dice: *Ariel, en el gran mito shakespeariano que he seguido en estas notas, es, como se ha dicho, el intelectual de la misma isla que Caliban: puede optar entre servir a Próspero —es el caso de los intelectuales de la anti-América—, con el que aparentemente se entiende de maravillas, pero de quien no pasa de ser un temeroso esclavo, o unirse a Caliban en su lucha por la verdadera libertad*ⁱ.

Estamos en 1971 y Milan Kundera dice: *Estamos en 1971 y Mirek dice: ‘La lucha del hombre contra el poder es la lucha de la memoria contra el olvido’*. Quiere justificar así lo que sus amigos llaman ‘imprudencia’: lleva cuidadosamente su diario, guarda la correspondencia, toma notas de todas las reuniones en las que analizan la situación y discuten sobre lo que se puede hacer. Les explica: ‘No hago nada que esté en contra de la Constitución’. Escondarse y sentirse culpable sería el comienzo de la derrota^v.

2.

Nací en el último mes de 1971: un año crítico en la vida intelectual de mi país, Cuba. Una nación estructurada durante décadas a imagen y semejanza del líder máximo de su Revolución, Fidel Castro, cuya muerte —todavía inverosímil— fue anunciada por su hermano y sucesor Raúl Castro en la TV cubana^{vi}, en la noche del viernes 25 de noviembre de 2016.

1971 fue un año que puede interpretarse como un clímax simbólico, uno de esos puntos de inflexión con que los cubanólogos marcan, cada cierto tiempo, la decadencia o renacimiento de la Revolución: sus ciclos de anquilosamiento y revitalización, sus

heterodoxias híbridas y su ortodoxia de continuidad. Por ejemplo, 1968 (la Ofensiva Revolucionaria confisca hasta la última traza de propiedad privada remanente en la Isla)^{vii}, 1980 (éxodo masivo hacia Estados Unidos de unos 130 mil cubanos por el puerto del Mariel^{viii}, (Ariel) y las turbas populares denigrándolos como: *escoria*, *lumpen*, *gusanos*), 1989 (con el colapso del campo socialista este-europeo y las evidencias del vínculo del narcotráfico latinoamericano con altos dirigentes del Ministerio del Interior cubano, cuatro de los cuales fueron fusilados)^{ix}, 1994 (protestas y vandalismo en La Habana, y por primera vez el reclamo en plena calle de *¡Libertad, Libertad!*)^x, 2014 (restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y Cuba)^{xi} y, por supuesto, 2016 (con la ya referida desaparición física del líder histórico de la Revolución, Fidel Castro, lo que abre un gran signo de interrogación de cara al futuro inmediato en Cuba, ante el agotamiento biológico de la llamada precisamente “generación histórica”).

Pero, ¿por qué 1971 en Cuba? A su vez fue un año nada deslumbrante, burocratizado, anticlimático después de la promesa incumplida de producir 10 millones de toneladas de azúcar en la zafra de 1970^{xii}. Acaso por eso mismo 1971 fuera oficial y eufemísticamente bautizado como el “Año de la Productividad”. Un “año mediocre”, de “contracción”, lo cataloga el ensayista cubano Jorge Fornet^{xiii}: por “el poder que adquirió entonces la *mediocracia*”, por “el agotamiento de la épica”, por parecerse tanto a una de aquellas etapas definidas por José Ingenieros en *El hombre mediocre*, donde “el estadista, el filósofo, el poeta, los que realizan, predicán y cantan alguna parte de un ideal, están ausentes”. Y también el año de un congreso de “educación” que terminó

llamándose de “educación y cultura”, dado su impacto en el campo cultural durante las décadas posteriores.

1971 fue un momento global de desencanto y derechización en el mundo, donde incluso los “apóstoles del radicalismo y de las insurgencias intelectuales”, tal como Edward Said llama a Lyotard y Foucault en su obra *Cultura e Imperialismo*^{xiv}, caen en una “nueva y sorprendente falta de fe” acerca de lo que ellos mismos habían ayudado a definir como “grandes relatos legitimadores de emancipación e ilustración”. Por otra parte, la descolonización del Tercer Mundo muchas veces había instaurado regímenes dictatoriales que se plegaban a uno u otro polo ideológico de la Guerra Fría. Y en el campo literario cubano se entronizaba el realismo socialista con novelas como *Enigma para un domingo* de Ignacio Cárdenas Acuña y *La última mujer y el próximo combate* de Manuel Cofiño (aunque, a la sombra de sus respectivos ostracismos, continuaban escribiendo los poetas Virgilio Piñera y José Lezama Lima, por ejemplo, y el narrador Reinaldo Arenas contrabandeaba al extranjero sus manuscritos, en ocasiones desde un campo de trabajos forzados en la provincia de Pinar del Río).

Es en este contexto que el poeta Heberto Padilla, en un inicio inmerso en los círculos culturales cercanos al poder político, cae en desgracia en 1971 con las autoridades cubanas, y termina causando un cisma entre la Revolución cubana y la izquierda intelectual internacional. Es entonces cuando, desde la oficial revista *Casa de las Américas* en La Habana —casi una embajada de la más incisiva intelectualidad de izquierda—, su director se autopublica un ensayo programático, acaso más dirigido al mundo que a la

propia Cuba, diseñado para marcar los territorios de esta nueva batalla intelectual: *Calibán*ⁱ.

Contrario a la opinión de Jorge Fornet sobre *El hombre mediocre* de Ingenieros, en el año 1971 en Cuba sí hubo un máximo de protagonismo para un estadista, un filósofo, y un poeta —esa materialista trinidad de un ideal muy presente hasta hoy llamado la Revolución Cubana—: Fidel Castro, estadista; Roberto Fernández Retamar, filósofo; Heberto Padilla, poeta.

3.

Reconociendo que se enmarcan dentro de los límites conceptuales de la llamada “ciudad letrada”^{xv}, Mabel Moraña ha resumido tres de los affaires o escándalos públicos que más implicaciones han tenido para el papel del intelectual moderno ante el poder político^{xvi}. El primero fue el caso del capitán Alfred Dreyfus en 1898, iniciado con la carta pública que Emile Zola escribió al presidente de Francia, publicada por la prensa de la época junto a una declaración de protesta firmada por otros intelectuales. El segundo sería el caso del físico y profesor de la Universidad de Nueva York Alan Sokal, quien en 1996 publicó un falso artículo científico en una revista académica norteamericana^{xvii}, como performance crítico y cínico —típico de la “razón arrogante” posmoderna— sobre la integridad editorial de la revista en cuestión, *Social Text*. Y el tercero es precisamente el caso del escritor cubano encarcelado —escarmentado— Heberto Padilla, en La Habana pro-soviética de 1971: un conflicto que significó un dilema moral y, en consecuencia, una redefinición y radicalización de las fidelidades —en especial a Fidel^{xviii}— al interior de la izquierda latinoamericana.

¿Quién es el intelectual, ese descomunal desconocido, y qué hace, cuándo, dónde, cómo? El letrado, el académico, el pedagogo, el pensador, el activista, el líder ilustrado local, el asesor cultural, el científico y el religioso comprometidos con su entorno, los artistas y, por supuesto, los escritores: todos comparten y compiten por cierta cuota de intelectualidad^{xix}. Pero en este caso sólo nos será de interés el criterio que Moraña esgrime en la introducción del libro compilado por ella junto a Bret Gustafson^{xx}: la noción del intelectual a partir de la idea de su intervención, involucramiento, interferencia y disrupción críticas ante los discursos dominantes. Sin que se produzca ese efecto de “interpelación ideológica (conceptual, ética, filosófica)”, si la reflexión y el análisis del intelectual no redundan en la movilización y el activismo (incluida la articulación de los actores políticos y los recursos públicos), si la interpretación de las tradiciones y la exploración de lo real-histórico no culmina en imaginar y producir un pensamiento innovador (pasando por el mito y los sistemas utópicos), entonces estamos solamente ante un letrado, un académico, un pedagogo, un pensador, un activista, un líder ilustrado local, un asesor cultural, un científico y un religioso comprometidos con su entorno, incluso un artista o un escritor, pero en ningún caso ante un intelectual *sensu stricto*, en el sentido transformador —revolucionario, de vanguardia— que Moraña emplea y es el que aquí nos concierne.

Aunque 1971 parezca hoy parte de la paleohistoria cubana, sigue siendo válido cuestionar ese momento de excepción, usando para ello algunas de las perspectivas actuales resumidas por Moraña en el referido ensayo^{xxi}: “¿cómo el trabajo intelectual ilumina los procesos de reconocimiento social y de auto-reconocimiento en relación a

las dinámicas migratorias, de exilio, de diáspora económica, y otras formas de existencia nómada y reterritorialización?”, por ejemplo, y “¿cuáles son las conexiones entre la *representación* estética/simbólica y la *representatividad* política/ideológica?”, de lo que se desprende preguntarse si “¿la *representatividad* política fortalece, limita, o condiciona de algún modo la autonomía y el vigor del juicio crítico de los intelectuales?”

En 1971, ¿era conceptual y materialmente posible la existencia de una intelectualidad *sensu stricto* en Cuba? ¿Estuvo justificada o no la pregunta del “periodista europeo, de izquierda por más señas,” que Retamar no identifica al inicio de su ensayo *Calibán*?: “¿Existe una cultura latinoamericana?” O, en su acepción más atrevida: “¿Existen ustedes?”

Si aplicamos a la Cuba de 1971 los criterios operacionales de Moraña, ¿cuántos de los intelectuales de la Isla se preocupaban entonces por una exploración problematizadora de la dinámica migratoria cubana —del exilio a perpetuidad, no sólo por razones políticas sino económicas—, y cuántos por restaurar/reparar la voz de los cubanos que no encajasen en la nueva concepción única del Estado-Revolución, representando de una manera humana en sus obras —sin esquematismos estigmatizadores— a quienes nunca se adaptarían al nuevo régimen? En el caso concreto de Retamar, al lanzar su canónico ensayo *Calibán* a mediados de ese año, ¿le preocupó en alguna instancia que su alta representatividad política coartase su capacidad autónoma de racionalizar y enjuiciar la realidad cubana? ¿O su maquinaria crítica estaba enfocada, como un espejo invertido, únicamente hacia el resto de la realidad, hacia un afuera de Cuba que no se

inmiscuiría en las multiplicidades de lo local, subjetividades invisibilizadas por el poder sin oposición de la propaganda ideologizada del Estado-Nación? Es decir, ¿conformaban los intelectuales cubanos alrededor de 1971 una intelectualidad de puertas afuera, una especie de *exointelectualidad*, donde la diferencia y el disenso de puertas adentro eran sinónimos de delirio en el mejor de los casos (y de delito, en el peor)?

4.

Apenas rebasado el Affaire Padilla en la primavera de 1971, Roberto Fernández Retamar se encierra como un monje a escribir. A mediados de los años ochenta, el propio autor así lo confesaría en una de las sagas de su ensayo: “La forma como tuvo que ser escrito *Caliban* [repárese en la ausencia ahora del acento ortográfico, N. del A.], en unos cuantos días, casi sin dormir ni comer, mientras me sentía acorralado por algunos de los hombres que más había apreciado, es responsable de varios cabos sueltos en el trabajo, que dieron lugar a malentendidos”^{xxii}. Su ensayo original, titulado *Calibán* [con acento], finalmente estuvo listo y se publicó ese mismo verano en la revista que él dirigía, *Casa de las Américas*ⁱ.

Tanta premura fue causada por la polémica internacional que provocó el arresto de su compatriota Heberto Padilla, quien, al ser liberado sin cargos, debió auto-incriminarse en público por sus desviaciones ideológicas, así como incriminar a varios de sus colegas, en un mea culpa entre lo patriotero y lo patético, en plena sede de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC).

Muchas veces pienso de manera personal en esa fecha. Ocurrió en la noche del martes 27 de abril de 1971, alrededor del momento en que mis padres me concebían, en un hogar demasiado proletario como para que en él tuviese ningún impacto emocional la poesía contestataria de Padilla, ni la programática filosófica de Retamar, ni siquiera la oratoria de Estado como tal de Fidel Castro, mientras que los manuales moralizantes de José Ingenieros sí siguieron siendo citados en mi casa con la misma devoción que la Biblia (a pesar de no ser un autor reeditado en Cuba, o tal vez precisamente por eso).

Fue durante aquella auto-inculpación sobreactuada cuando Heberto Padilla usó un término extinto en Cuba, “alharaca” (un vocablo que sigue sin significar nada en la Isla, en tanto término de élite para eludir la “recholata” o “bulla” cubana): en efecto, al Padilla prácticamente pidió prisión para sí mismo, por no merecer estar libre, y aseguró creer en esto sinceramente, “por encima de esta alharaca internacional”^{xxiii}.

El gran ausente de aquel espectáculo era nada menos que Nicolás Guillén, convencido comunista antes de la implantación del comunismo en la Isla, quien era el presidente fundador de la UNEAC, pero alegó sentirse indispuerto^{xxiv}, en una carta leída esa noche por el moderador, “explicando que estaba seriamente enfermo y que se le ha prescrito un reposo absoluto”^{xxv}.

Fornet considera que aquel clima de atrincheramiento y “acoso asfixiante”, donde los propios amigos extranjeros de la Revolución cubana parecían de pronto atacarla en público por el tratamiento dado a Padilla, es lo que justifica el “tono combativo y retador” del *Calibán* acentuado original,^{xxvi} un ensayo que Carlos Jáuregui considera “canónico y clásico” y que “puede ser llamado *el último gran ensayo nacional*

latinoamericano”, así como “el ensayo del *Boom* y, de cierta manera, su epílogo”, el cual “representó por varias décadas gran parte de la discusión cultural sobre el imperialismo”^{xxvii}.

Retamar parte del personaje shakespeariano de Caliban como metáfora, para así reescribir la tradición no sólo de José Enrique Rodó y su influyente *Ariel*^{xxviii}, sino también de Aimé Césaire, George Lamming y Edward Brahwaite, entre otros, quienes ya habían reflexionado sobre esa obra de William Shakespeare, *The Tempest*.

En líneas generales, Retamar explora la dicotomía entre dos tradiciones intelectuales históricamente contrapuestas: el arielismo servil, propenso a estar del lado de los colonizadores (que en dicho sistema metafórico sería el personaje de Próspero), y el calibanismo guerrero, que se pone de parte de los colonizados y en contra los poderes imperiales, para reivindicar los valores auténticos de lo latinoamericano, trazando así una genealogía que parte desde Túpac Amaru y Toussaint-Louverture, pasando por Simón Bolívar, José Martí, Rubén Darío, Emiliano Zapata, Julio Antonio Mella, Augusto César Sandino, y tres docenas de otros hombres de acción y/o de letras —José Carlos Mariátegui, Pablo Neruda y Alejo Carpentier, sí; pero Guillermo Cabrera Infante, Mario Vargas Llosa y Octavio Paz no, dado los acontecimientos y consecuencias del Caso Padilla—, hasta culminar convenientemente en Ernesto Ché Guevara y Fidel Castro: 36 hombres y sólo una mujer en su canon revolucionario de entonces: Violeta Parra.

Sólo en una reescritura de 1995, Retamar añade un número compensatorio del “segundo sexo”^{xxix}, incluida la para entonces ya fallecida Haydée Santamaría, quien en 1971 era su jefa laboral en Casa de las Américas. Es de notar en este índice —¿mitad

censor y mitad emancipador?— la ausencia de Julio Cortázar en el *Calibán* original, a pesar de sus cartas a Cuba desdiciéndose de su propia protesta pública inicial, para terminar redactando un poema-manifiesto que casi podría interpretarse como otra autoconfesión al estilo Padilla, y que Retamar sí incluyó de inmediato en su revista *Casa de las Américas*ⁱⁱ, un número después del mea culpa de Padilla, y un número antes de su propio ensayo *Calibán*. Según Cortázar: “Así yo sé que un día volveremos a vernos. / Buenos días, Fidel, buenos días, Haydée, buenos días mi Casa. / Mi sitio en los amigos y en las calles, mi buchito, mi amor. / Mi caimancito herido y más vivo que nunca”.

Para Alfonso de Toro^{xxx}, contrario a cualquier “perspectiva negativa de Calibán, y con ello de Latinoamérica, Fernández Retamar, basándose en Montaigne y Martí, construye el término de Calibán como una figura conceptual de la hibridez latinoamericana, como parte esencial de una teoría cultural”, y así “Calibán se transforma en la encarnación del anticolonialismo, descolonización y postcolonialidad”. Según este ensayista, en el *Calibán* de Retamar se “rechaza el paternalismo tanto de la derecha como de la izquierda política. Indicando que todos los pueblos son mestizos (podríamos decir que el término ‘cultura’ implica siempre ‘hibridez’, como el de ‘literatura’, ‘intertextualidad’), y se “apunta que Latinoamérica, en particular en el Caribe, ha sido siempre un lugar de entrecruces”, haciendo notar, tal como lo hicieran Franz Fanon y Albert Memmi, a “la autonegación, y con ello la eliminación de la propia identidad e historia, como la mayor tragedia en el proceso de colonización”. Solo que, como le ocurrió a Padilla, cuando esa autonegación del individuo era encargada/ejecutada por la Seguridad del Estado cubana (G-2), o por cualquiera de las instituciones del Estado

revolucionario, entonces, en mi opinión, para Retamar la tragedia ya no es tal, sino que debe ser entendida desde la praxis del poder y nunca desde las demandas y los derechos del intelectual.

Para Alfonso de Toro^{xxx}, “en oposición” a “la interpretación del escritor uruguayo José Enrique Rodó” sobre la figura de Ariel, “quien ve en ésta el futuro criollo y la nueva civilización de América, y no en Calibán”, “Fernández Retamar desarrolla una interpretación de Calibán como el símbolo de la independencia de América, de un desarrollo cultural, histórico y político autónomo con un propio camino”, donde “la figura de Calibán como la encarnación de lo primitivo y de la inferioridad, es ampliada al Otro”, a las alteridades periféricas hasta ahora marginadas por todas las hegemonías históricas: es decir, al sujeto subalterno despojado hasta de un discurso legítimable de auto-representación, el cual de pronto gracias a la Revolución cubana comienza por fin a hablar.

En efecto, Retamar explicita que “asumir nuestra condición de Calibán implica repensar nuestra historia desde el otro lado, desde el otro protagonista. El otro protagonista de *La tempestad* no es Ariel, sino Próspero. No hay verdadera polaridad Ariel-Calibán: ambos son siervos en manos de Próspero, el hechicero extranjero. Sólo que Calibán es el rudo e inconquistable dueño de la isla, mientras Ariel, criatura aérea, aunque hijo también de la isla, es en ella, como vieron Ponce y Césaire, el intelectual”ⁱ.

Así pues, Calibán, ante el influjo invasor de Próspero, no puede sino usar la propia lengua de ese opresor para maldecirlo y, lejos de agradecerles por lo que sería una alfabetización eurocéntrica, les desea que “¡la roja plaga caiga en ustedes / por hacerme

aprender vuestro lenguaje!”^{xxxi}. Esa “roja plaga” en 1971 no podía ser sino el marxismo y, por supuesto, la excepcionalidad (tal como la deformación de Calibán) de la Revolución liderada por un hombre de excepción, un proceso social que desde los márgenes devino en centro radicalmente irradiante de las militancias de izquierda en todo el hemisferio americano y más allá, en los que se autodenominarían “países no alineados”.

En definitiva, el ensayo de Retamar no hace sino enunciar desde la intelectualidad, que, desde la periferia caribeña de una Isla mitad shakespeareana y mitad sovietizada, la Utopía por fin había encontrado una topología terrenal en la palabra y la acción de Fidel Castro —acaso una quimera canibalizada entre Ariel y Caliban—, desde donde ejercería su influjo concentrador sobre todas las narrativas antiimperialistas y descolonizadoras, a lo largo de varias generaciones, desde los años sesenta del siglo pasado hasta hoy. En este sentido, la muerte recién anunciada de Fidel Castro —llamado de manera elogiosa “El Caballo”^{xxxii} y después de su enfermedad en 2006 “El Caguairán”^{xxxiii}—, podría estar poniendo punto final a la tentación interpretativa —entre el populismo y la popularización— de *La tempestad* como referente político en Latinoamérica. O como reduccionismo literario, tal como en 2011 el crítico norteamericano Harold Bloom^{xxxiv} lamentó toda la “actual obsesión con el gloriosamente lastimero Calibán”, a quien él no considera un protagonista de la que califica como la “comedia más divertida de Shakespeare”, cuya “frescura de esta obra elíptica elude toda red sociopolítica”.

Sobre la tensión mencionada con anterioridad entre la lengua del opresor y la del oprimido, debe recordarse la disyuntiva dramática nunca del todo resuelta por el genio peruano-quechua de José María Arguedas, quien se había suicidado apenas un par de años antes de 1971. Arguedas optó por expresarse en el español de los colonizadores, con tal de hacer audible y empoderar la voz suprimida de los colonizados (los que, en consecuencia, paradójicamente no podrían disfrutar entonces de sus alegatos éticos y literarios de cara a Occidente). Al respecto, Jáuregui opina que “ésa es la tragedia de Calibán, maldecir en la lengua de Próspero, apoderarse de sus libros y al final colocarse en su lugar, relevándolo en su ‘misión’. ¿No es acaso también Próspero el Estado Nacional? Y si Calibán, como Christophe o como el régimen revolucionario cubano, llega al poder y asume el proyecto de la Modernidad occidentalista... ¿no se revela como un converso y un cómplice involuntario del principio trágico de los proyectos históricos de Próspero: cristianización, civilización, modernización, desarrollismo, transnacionalización, globalización?”^{xxxv}

Tal vez en la etapa transicional actual sea más pertinente que nunca el cuestionamiento político —no necesariamente politizado— de “¿qué ocurre cuando Calibán llega al poder, como sería el caso de Cuba?”^{xxxvi} El propio Jáuregui ha indicado sobre la autora de dicha pregunta, Nadie Lie, que “uno de sus argumentos más provocadores es que *Facundo* de Sarmiento propondría una suerte de anticalibanismo *avant-la-lettre*” y que, por consiguiente, Lie con esa “pregunta sugiere un paralelismo entre Rosas y Castro. Sarmiento critica la policía política, el terror, el culto a la personalidad del caudillo, la censura de las opiniones contrarias, la persecución de

intelectuales y el discurso ‘americanista’ del dictador a raíz del bloqueo europeo. Lie aclara que no es lo mismo Rosas que Castro pero que en este inter-texto de Sarmiento censura en Rosas lo que se le censuraba a Castro en 1971”^{xxxvii}.

Por su parte, Fornet hace mutis en su libro “El 71. Anatomía de una crisis” sobre esta provocación de Lie, a pesar de dedicar más de un capítulo a la saga finisecular de Calibán y al “suceso policiaco menor”^{xxxviii} del Caso Padilla en 1971: es sintomático que Fornet, al vivir en Cuba, empiece por aclarar que, como sobre el ciudadano Padilla “no pesaban acusaciones de envergadura”, “en otras circunstancias” aquella “escaramuza sin mayor trascendencia” no se hubiera transformado en un “terremoto político de proporciones imprevistas”, que “precipitó distanciamientos y disensiones, y provocó una veloz radicalización de opiniones y posturas”.

En el *Calibán* expedito de Retamar en 1971, como ya hemos dicho, la “deformidad” de Calibán, en el sentido de lo específico de la Revolución cubana —su herejía histórica, su imprevisibilidad periférica—, se asume como la causa de recibir los ataques intelectuales ante las “deformaciones” atribuibles al sistema social cubano. Tales críticas, sin embargo, partían de una preocupación legítima por el giro autoritario del poder político ante el campo cultural en la Isla. Eran casi otra “autocrítica constructiva” —un término burocráticamente tan común en la Cuba de entonces—, pero con el agravante de ser lanzada desde el exterior de Cuba, con un lenguaje mucho menos dogmático y, sobre todo, sin pedir permiso al poder para criticar las cuestiones al interior del país: es decir, sin respetar el paternalismo de Estado que predominaba en la Isla desde las *Palabras a los Intelectuales*^{xxxix} de Fidel Castro en el verano de 1961.

Era más que lógico, pues, que el clímax que desató esta crisis fuese la represión contra Heberto Padilla en 1971, cuyo nombre Retamar no se atreve o no está autorizado a mencionar en su primer ensayo *Calibán*, excepto como una insinuación intertextual^{xl}. Los intelectuales del mundo que en primera instancia se dirigieron a Fidel Castro en *Le Monde* el 9 de abril de 1971 —Simone de Beauvoir, Italo Calvino, Marguerite Duras, Alberto Moravia, Jorge Semprún, Jean Paul Sartre, Julio Cortázar, Gabriel García Márquez, entre otros— sólo hacían patente su descontento con el castigo sin crimen en contra de Padilla en La Habana. Muchos de ellos eran abrumadoramente de izquierda y practicaban un ejercicio de solidaridad no sólo gremial, sino de principios, para con el colega cubano caído en desgracia. Como hubiera sido (y aun es) inconcebible recabar una solidaridad semejante dentro de Cuba, los colegas del exterior daban así un primer paso, a tiempo para rectificar injusticias. Los firmantes de la carta- protesta no se catalogaban a sí mismos por entonces como enemigos de la Revolución cubana. Al contrario, hasta 1971 habían sido más que amables con el sistema socialista de la Isla, aplaudiendo la misma “violencia volcánica de algunos discursos recientes de Fidel, como el que pronunciara en el Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura”ⁱ, y apenas si habían criticado la comprometida cuestión de las libertades fundamentales y los derechos humanos bajo un modelo personalista, como el de la Cuba de Castro, con un partido y una prensa únicos.

El *Calibán* de Retamar de algún modo alienta cierta pulsión suicida de la intelectualidad en tanto clase social en la nueva sociedad sin clases, por tratarse de un rezago del pasado burgués. Es cierto que *Calibán* no llega al extremismo infantil de C. L.

R. James, quien en un congreso cultural anterior en La Habana de 1968, “manifestó en aquel momento su irritación por los lujos y consideraciones para con los delegados al Congreso y la naturaleza exclusivista el evento y propuso que ‘the function of the Congress is that intellectuals should prepare the way for the abolition of the intellectuals as an embodiment of culture’”^{xi}. Pero también es cierto que el autor de *Calibán* le cede el batón del protagonismo transformador al no-intelectual, al revolucionario profesional: “nosotros podemos y debemos contribuir a colocar en su verdadero sitio la historia del opresor y la del oprimido. Pero, por supuesto, el triunfo de esta última será sobre todo obra de aquellos para quienes la historia, antes que obra de letras, es obra de hechos. Ellos lograrán el triunfo definitivo de la América verdadera, restableciendo su unidad a nuestro Continente”ⁱ. Igualmente Cortázar, en su *Policrítica*ⁱⁱ de ese año, diríase que descrea un poco del poder de la palabra: “Yo soy esta palabra mano a mano como otros son tus ojos o tus músculos”.

En este sentido, Retamar es mucho más reminiscente de un Ariel que no consigue convertirse en Calibán, lo cual recuerda que Horacio Machín llegó a tildar a Retamar, por diferentes motivos, como “el más arielista de los Calibanes latinoamericanos”^{xiii}. Lo paradójico es que, en su confesión ante la UNEAC, Padillaⁱⁱⁱ parece coincidir con el *know-how* de Retamar sobre el juego de roles del intelectual versus el revolucionario: “porque sin talento político alguno, mis lecturas y mis preocupaciones han sido sobre la política y sobre los problemas políticos. En realidad, no tengo valentía alguna para tomar un fusil e ir a una montaña como han hecho otros hombres. Ahora, para la montaña verbal, para el análisis de la esquina y del cuarto, para eso he tenido un talento

inmedible; eso no hay duda”. Padilla se queja que las “zonas de la inteligencia” son “las zonas políticamente menos desarrolladas”: o sea, que es en la intelectualidad donde se puede “nutrir”, “porque son zonas escépticas y descreídas, la contrarrevolución”. Y, como remedio ejemplarizante, propone una conversión calibanesca: “¡seamos soldados de nuestra Revolución y ocupemos el sitio que la Revolución nos pida! Y pensemos, aprendamos la verdad de lo que significa habitar, vivir en una trinchera extraordinaria y ejemplar del mundo contemporáneo”.

Como reconoce Jáuregui^{xliii} sobre el *Calibán* de 1971, a pesar de sus comentarios elogiosos sobre el texto, una “de las críticas frecuentes del ensayo remite al hecho de que éste plantea una alternativa perentoria del tipo ‘conmigo o contra mí’, clausurando la política cultural de supuesta tolerancia a la crítica interna delineada en ‘Palabras a los intelectuales’ de Castro (1961)”. En *Calibán*, Retamar sin duda parece admitir con orgullo una beligerancia de línea dura: dado que se expandía una pandemia reaccionaria por el mundo, la función filosófica lo fuerza a escribir el manual mínimo de instrucciones para ser un amigo aceptable de la Revolución, de paso distrayendo la atención de lo que acababa de ocurrir en Cuba, tras el choque entre un poeta civil y los oficiales del G-2 (esos “hombres color del silencio” que el realismo socialista a la cubana muy pronto elevaría al papel de protagonistas literarios^{xliv}). Se necesitaba, pues, de un texto-señuelo de *longue durée* que fungiese como placebo, a la par que como propedéutica, para los nuevos paradigmas del arielismo progresista latinoamericano por venir: Calibán entendido, pues, como una máscara caribe, una mueca culturofágica: prestidigitación de sombras canibalescas para contrarrestar cualquier otra crisis

cuestionadora de la *Realpolitik* de la Revolución. Se demostraba así una vez más que la política es demasiado importante para los políticos, como para dejarla en manos de los literatos. La pesadilla de Padilla fue, de algún modo, un despertar.

Como en “una ‘odisea del rencor’, para usar la expresión de E. M. Cioran”^{xlv}, desde 1971 el *Calibán* de Retamar revisa la vida y obra de quienes sean críticos con la Revolución. Para empezar, Jorge Luis Borges, que “representa a una clase que se extingue”, y a quien a mediados de los ochenta el propio Retamar terminaría visitando, para que el noble (y nunca Nobel) ciego argentino lo autorizara a publicar un volumen suyo en Casa de las Américas. En 1971 “Borges es casi una reducción al absurdo”: “un típico escritor colonial, representante entre nosotros de una clase ya sin fuerza”. Como en aquel slogan franquista de “muera la inteligencia”^{xlvi}, no basta con ser “un hombre muy lúcido”, cuando se es también “un hombre que ejemplifica la idea martiana de que la inteligencia es sólo una parte del hombre, y no la mejor”ⁱ.

Calibán le critica entonces a Borges haber dedicado una traducción “presumiblemente buena” de *Hojas de hierba*, de Walt Whitman, al presidente norteamericano Richard Nixon. Lo llama “patéticamente fiel a su clase” entre “las ruinas exangües que son los intelectuales burgueses de nuestros días”, capaz de haber escrito dos décadas atrás, en su ensayo *El escritor argentino y la tradición*^{xlvii} esta línea con que, según Retamar, Borges le “hace eco al grotesco ‘pertenece al Imperio Romano’ de Sarmiento”: *creo que nuestra tradición es Europa*.

La memoria hacia afuera de Cuba de *Calibán* es monstruosa: no olvida ni un agravio de siglos contra “‘los pobres de la tierra’, ‘con los oprimidos’: ¿y quiénes más pobres,

más oprimidos en América que muchísimos indios, negros y mestizos?”¹ Pero su amnesia de lector privilegiado lo incrimina dentro de Cuba, cuando Retamar no se cuestiona por qué los lectores cubanos (mi generación) tendríamos que esperar hasta su rectificación de 1986 para adentrarnos en el mundo de Borges, por entonces recién fallecido el autor.

En el caso del novelista mexicano Carlos Fuentes, a quien Retamar también parece ironizar tildándolo de “lúcido” como a Borges, lo primero que le molesta es que no haya roto con la izquierda, tal como Retamar la entiende, y que Fuentes no comparta sus visiones cubanocéntricas de un izquierdismo radical (militar más que militante). De manera que Retamar llama a Fuentes un “vocero de la misma clase que Borges” con similares “veleidades izquierdistas en la juventud”, y que aún “actúa como tal y pretende conservar, a ratos, un vocabulario de izquierda, donde no falta por supuesto la mención de Marx”. Retamar insiste en que Fuentes es el tipo de escritor que “se convierte en un servidor incondicional de la nueva oligarquía y en un enemigo cerril de las masas americanas” y, dado que la “oligarquía se ha revelado mera intermediaria de los intereses imperiales y ‘el escritor’, [...] Fuentes debe ahora servir a dos amos”. Así, su obra más reciente es un “intento del librito de Fuentes sobre la nueva novela hispanoamericana”, un género cuya “difusión más allá de nuestras fronteras es, en gran medida, consecuencia de la atención mundial que nuestro continente merece desde el triunfo de la Revolución Cubana en 1959” (lo cual, más allá de su exactitud más o menos exagerada, implica al parecer que, los intelectuales de izquierda deben medir sus palabras antes de disentir de dicha Revolución).

En resumen, el Fuentes de Retamar es un miembro de “la llamada mafia mexicana, una de cuyas más conspicuas figuras es Carlos Fuentes”, un “equipo” que “expresó cálidamente su simpatía por la Revolución Cubana hasta que, en 1961, la Revolución proclamó y demostró ser marxista-leninista, es decir, una revolución que tiene al frente la alianza obrero-campesina. A partir de ese momento, la mafia le espació de modo creciente su apoyo, hasta que en estos meses, aprovechando la alharaca [otra vez esta palabra importada, N. del A.] desatada en torno al mes de prisión de un escritor cubano, rompió estrepitosamente con Cuba”.

Y un tercero de los estigmatizados por Retamar, aunque al menos aparece citado en *Calibán*, es Emir Rodríguez Monegal: “un servidor del imperialismo” de “pesantez profesoral” que está “aquejado por la ‘nordomanía’ que en 1900 denunció Rodó”ⁱ.

Lo curioso es que Heberto Padilla en su auto de fe también delata a sus colegas locales con una fruición mimética al Retamar que denuncia a sus colegas continentales, llegando Padilla a invocar al mismo Martí de “la inteligencia no es lo mejor del hombre”ⁱⁱⁱ. Para el Padilla performer de aquel teatro —así estuviese coaccionado a esa “contrición” o fuera solo una “caricatura maliciosa”, como especula Jáuregui^{xlvi}—, “Guillermo Cabrera Infante había sido siempre un resentido” que “se amargó desde su adolescencia” hasta convertirse en un “traidor” y un “agente”, un “enemigo declarado de la Revolución, un agente de la CIA”. De Pablo Armando Fernández, Padilla dice que “últimamente se ha mostrado amargado, desafecto, enfermo y triste y por lo mismo contrarrevolucionario”. Sobre César López, Padilla denuncia que “ha hecho conmigo análisis derrotistas, análisis negativos de nuestra Revolución”. Y la lista de Padilla

alcanza a Norberto Fuentes, José Yanes, Manuel Díaz Martínez, David Buzzi, José Lezama Lima, y hasta a su propia esposa, la poeta Belkis Cuza Malé, que “ha acumulado inexplicablemente durante estos años” un alto “grado de amargura, de desafecto y de resentimiento”. Nótese que Padilla, durante su alegato en la UNEAC, se adelanta a la fórmula que el *Calibán* de Retamar en breve le aplicará a él: Padilla tampoco se atreve o no está autorizado a mencionar ciertos nombres claves del campo cultural cubano, como el del escritor perseguido —y después encarcelado— Reinaldo Arenas, o el de Virgilio Piñera en su ostracismo postrero.

Específicamente, Arenas estaba recluido por esas fechas en un campo de trabajos para que escribiese luego algún texto laudatorio, y se reivindicara en su condición de no-confiable ante la Revolución (además de ostentar de su homosexualidad, Arenas había sacado sus manuscritos al extranjero sin autorización). El poder político le daba una oportunidad al escritor renegado, el cual al final de su vida lo recordaría así: “comprendía por qué los indios preferían el suicidio a seguir trabajando como esclavos; comprendía por qué tantos negros se quitaban la vida asfixiándose. Ahora yo era el indio, yo era el negro esclavo, pero no era yo solo; lo eran aquellos cientos de reclutas que estaban a mi lado”^{xlix}. Para Retamar y Padilla, ese indio iracundo de Arenas era lo invisible y lo impronunciable.

Resumiendo junto a Carlos Jaúregui^l, el ensayo *Calibán* de 1971, como “respondió a una situación política muy específica de la Revolución cubana en las arenas internacional e interna”, no debe juzgarse “sin una historización de su génesis”, en tanto que no es más que “un texto de su tiempo”: un ensayo que peca por su

“vehemencia”, el “furor de su retórica” y “sus faltas de rigor académico”; un texto que al no partir de “un ánimo filológico”, “no redefinió simbólicamente *The Tempest*” ni intentó “proponer una teoría poscolonial” que lo convirtiese en “el equivalente latinoamericano de *Orientalism* de Edwards Said” (según “la comparación odiosa que Jameson hace entre Retamar y Said”); y que “tampoco es, y nunca pretendió ser, una contribución al campo de los estudios literarios o culturales”. *Calibán* en 1971 queda circunscrito, pues, en el análisis de Jáuregui, a “un ensayo político o un *panfleto cultural* abiertamente comprometido” que responde “en primera instancia a las fisuras en la *intelligentsia* latinoamericana de izquierda, cuyo apoyo a la Revolución flaqueaba a fines de los años 60”.

5.

La palabra “alharaca” y un chiste es cuanto puede inferirse de Heberto Padilla en 1971 a través de *Calibán*. Se trata de un vocablo hispanizante que porta cierto aire de gallinero, de gallinas alborotadas, de festividad femenil —recordemos que Retamar incluye a 36 hombres y sólo a una mujer en su ensayo original—, tal como “el mariposeo neobarthesiano de Severo Sarduy”ⁱ, otra “puya” a la homosexualidad del cubano Sarduy, a la sazón exiliado en Francia y cercano a Roland Barthes, aunque Retamar luego haya negado semejante homofobiaⁱⁱ, y defendiera el uso de la palabra “mariposeo” en su acepción lúdica escritural.

La “alharaca” literaria que menciona Retamar en el siglo XX no sólo redunda en la “escaramuza” policial que refiere Fornet en el XXI, sino también en el Heberto Padilla que nombra y nombra en la UNEAC, sin conseguir del todo nombrar lo que no puede

nombrarse: lo innombrable. O El Innombrable, quien rebasa tanto al filósofo Retamar como al poeta Padilla, desde el poder no compartible con los intelectuales del estadista, en este caso Fidel Castro.

Muchos años después, ante su ensayo *Calibán Revisitado*^{xxii}, Roberto Fernández Retamar iba a reconocer que su original de 1971, “de no ser restituido a la coyuntura en relación con la cual se escribió, corre el riesgo de convertirse en una algarabía”. Más allá de las bromas kunderianas que terminan siendo kafkianas en una sociedad cerrada como Cuba, y más acá la tradición insular de la trompetilla y el choteo sobre la que reflexionara Jorge Mañach^{lii}, la carnavalesca cubana de esta alharaca-escaramuza-algarabía me remite al elocuente silencio que yo mismo sentí a mi alrededor, en la Cuba de los años cero, en tanto intelectual que intentó ser incómodo a la institucionalidad estatal, solo para terminar *inxiliado* bajo el reincidente peso de la insolidaridad del individuo en La Habana: ciudad con H mayúscula o mayéutica (letra muda).

La Habana: la ciudad donde, en el primero de mis interrogatorios con el G-2 cubano, el oficial de la Contrainteligencia que me atendía dijo llamarse irremediablemente “Ariel,” acaso como un guiño cómplice de que estamos entre colegas y no ante una de esas típicas escenas latinoamericanas de represión (Cuba en tanto Isla y en tanto Revolución no pertenece a Latinoamérica, pero ese es ya otra tesis a debatir). Una misma ciudad donde hoy mi nombre y mis escrituras son solo un fantasma que recorre y corroe para siempre la época de Fidel, que las nuevas generaciones ya ignoran, mientras yo reflexiono sobre aquel año tan lejano donde nació todo un estilo —y un estigma— de esgrima intelectual ante el poder, y las servilletas del café donde trabajo en los Estados

Unidos me recuerdan con ironía aquella fecha^{liii}: *sourcing and roasting our coffee for you, since 1971*. La misma ciudad donde, de aquel trío de protagonistas a imitación de *El hombre mediocre* de José Ingenieros —el poeta, el filósofo y el estadista, los tres compitiendo a la caza de un mismo ideal—, hoy únicamente sobrevive, a sus cien años de soledad en los tiempos del socialismo, el memorioso y militante autor de *Calibán*: Roberto Fernández Retamar.

NOTAS Y REFERENCIAS:

-
- ⁱ Fernández Retamar, R. *Calibán*. Casa de las Américas, No. 68, septiembre-octubre, Habana, 1971, pp. 124-51.
- ⁱⁱ Cortázar, J. *Policrítica a la hora de los chacales*. Casa de las Américas, No. 67, julio-agosto, Habana, 1971, pp.157-61.
- ⁱⁱⁱ Padilla, H. Blog Archivo de Connie (edición web de Lourdes Casal). *La autoinculpación de Padilla*.
<http://www.annaillustration.com/archivodeconnie/el-caso-padilla-literatura-y-revolucionen-cuba-edicion-de-lourdes-casal-1971la-autoinculpacion-de-heberto-padilla-2741971>.
- ^{iv} Castro, F. Discurso en la clausura del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura, Teatro de la CTC, La Habana, 30 abril 1971. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1971/esp/f300471e.html>
- ^v Kundera, M. *El libro de la risa y el olvido*. Maxitusquets: Barcelona, España, 2006.
- ^{vi} Alocución de Raúl Castro donde informa la muerte de Fidel Castro, Líder de la Revolución Cubana. Canal YouTube de TeleSUR TV. 25 Noviembre 2016. <https://www.youtube.com/watch?v=ZMpy43WQjHw>
- ^{vii} Hernández, R. *El año rojo. Política, sociedad y cultura en 1968*. Revista de Estudios Sociales, Universidad de Los Andes, no. 33, agosto, Bogotá, Colombia, 2009, pp. 44-54.
<http://www.redalyc.org/pdf/815/81511781004.pdf>
- ^{viii} Aja Díaz, A. *La emigración cubana. Balance en el siglo XX*. Centro de Estudios de Migraciones Internacionales, Universidad de La Habana, 2002.
<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/cuba/cemi/emig.pdf>
- ^{ix} Martín, J. M. *El secreto mejor guardado de Fidel. Los fusilamientos del narcotráfico*. Catarata, Madrid, 2014.
- ^x Ackerman, H. *Protesta social en la Cuba actual: los balseros de 1994. Perspectivas de una protesta popular de tipo social en la Cuba actual. Consecuencias de la crisis de los balseros de 1994*. Revista Encuentro de la Cultura Cubana, no. 3, Invierno 1996/1997, pp. 125-131.
- ^{xi} *Re-Establishment of Diplomatic Relations with Cuba. Fact Sheet*. Office of the Spokesperson, U.S. Dep. of State, Washington, DC, July 6, 2015. <http://www.state.gov/r/pa/prs/ps/2015/07/244623.htm>
- ^{xii} Díaz, S., Díaz Vázquez, J. A., Valdés Paz, J. *La Zafra de los diez millones: una mirada retrospectiva* (debate en Centro Cultural Cinematográfico ICAIC, 29 de julio 2010). En: Temas, no. 72, octubre-diciembre, Habana, 2012, pp.69-76.
- ^{xiii} Fornet, J. *El año 71, anatomía de una crisis*. Ed. Letras Cubanas, La Habana, 2013, p.6.
- ^{xiv} Said, E. *Cultura e Imperialismo*. Ed. Anagrama, Barcelona, 2004.
- ^{xv} Rama, A. *La ciudad letrada*. Hanover, Ediciones del Norte, 1984.
- ^{xvi} Moraña, M. *Rethinking Intellectuals in Latin America: Questions and Problems*. En: *Rethinking Intellectuals in Latin America* (editores Moraña, M. y Gustafson, B.), Iberoamericana Vervuert, Madrid y Frankfurt, 2010, pp. 9-26.
- ^{xvii} Sokal, A. *Transgressing the Boundaries: Towards a Transformative Hermeneutics of Quantum Gravity*. Social Text 46/47 (Spring/Summer 1996), pp. 217-252.
- ^{xviii} “Y no digamos las veces que he sido injusto e ingrato con Fidel, de lo cual realmente nunca me cansaré de arrepentirme”, se lamenta Padilla tras el arresto que culminó con su confesión auto-

inriminatoria en públicoⁱⁱⁱ. Y también Cortázar personalizaría su filiación cubana a la figura de Fidel, en su largo poema *Policrítica a la hora de los chacales*ⁱⁱ.

^{xxix} Said, E. *Representations of the Intellectual*. London, Vintage, 1994.

^{xxx} Moraña, M. *Rethinking Intellectuals in Latin America: Questions and Problems*. En: *Rethinking Intellectuals in Latin America* (editores Moraña, M. y Gustafson, B.), Iberoamericana Vervuert, Madrid y Frankfurt, 2010, p. 12.

^{xxxi} Moraña, M. *Rethinking Intellectuals in Latin America: Questions and Problems*. En: *Rethinking Intellectuals in Latin America* (editores Moraña, M. y Gustafson, B.), Iberoamericana Vervuert, Madrid y Frankfurt, 2010, p. 21.

^{xxxi} Fernández Retamar, R. *Caliban revisitado*. Casa de las Américas, No. 157, julio-agosto, La Habana, 1986.

^{xxxi} Fornet, J. *El año 71, anatomía de una crisis*. Ed. Letras Cubanas, La Habana, 2013, p. 155-160.

^{xxxi} [...] Guillén no quiso presentarse a lo que él sabía (“enterado de todo lo que estamos haciendo aquí y de todo lo que aquí se va a decir”) que iba a ser contraproducente para la política cultural de la Revolución. Fornet, J. *El año 71, anatomía de una crisis*. Ed. Letras Cubanas, La Habana, 2013, p. 154.

^{xxxi} Fornet, J. *El año 71, anatomía de una crisis*. Ed. Letras Cubanas, La Habana, 2013, p. 154.

^{xxxi} Fornet, J. *El año 71, anatomía de una crisis*. Ed. Letras Cubanas, La Habana, 2013, p. 248.

^{xxxi} Jáuregui, C. A. *Canibalia. Canibalismo, calibanismo, antropofagia cultural y consume en América Latina*. Iberoamericana Vervuert, Madrid y Frankfurt, 2008, p. 491.

^{xxxi} Rodó, J. E. *Ariel y Proteo selecto*. Biblioteca Ayacucho. Caracas, Venezuela, 1993.

^{xxxi} Beauvoir, S. *El segundo sexo*. (Juan G. Puente, traductor). Sudamericana: Buenos Aires, Argentina, 1999.

^{xxxi} de Toro, A. *Figuras de la hibridez. Fernando Ortiz: transculturación. Roberto Fernández Retamar: Calibán*. Centro Transdisciplinario de Investigación Iberoamericana de la Universidad de Leipzig.

^{xxxi} “The red plague rid you / For learning me your language!” *La tempestad* (W. Shakespeare), Acto I, Escena 2.

^{xxxi} “Pero el pueblo lo llama el caballo y es cierto / fidel montó sobre fidel un día / se lanzó de cabeza contra el dolor contra la muerte / pero más todavía contra el polvo del alma / [...] / fidel es un país / yo lo vi con oleajes de rostros en su rostro / la Historia arreglará sus cuentas allá ella / pero lo vi cuando subía gente por sus hubiéramos / buenas noches Historia agranda tus portones / entramos con fidel con el caballo”.

Gelman, J. *Fidel*. (de su libro *Gotán*, 1962). En: *Pesar todo* (antología). La Habana: Fondo Editorial de Casa de las Américas. p. 51.

^{xxxi} Peláez, V. *El Caguairán cubano sigue de pie*. CubaDebate. La Habana, 7 diciembre 2006.

<http://www.cubadebate.cu/opinion/2006/12/07/el-caguairan-cubano-sigue-de-pie>

^{xxxi} Bloom, H. *Anatomía de la influencia. La literatura como modo de vida*. Taurus, Madrid, 2011.

^{xxxi} Jáuregui, C. A. *Canibalia. Canibalismo, calibanismo, antropofagia cultural y consume en América Latina*. Iberoamericana Vervuert, Madrid y Frankfurt, 2008, pp. 498-499.

^{xxxi} Lie, N. *Calibán en contrapunto. Reflexiones sobre un ensayo de Roberto Fernández Retamar*. Estudios. Revista de Investigaciones Literarias y Culturales (Caracas). No. 8, 1996, pp. 45-58.

^{xxxvii} Jáuregui, C. A. *Canibalia. Canibalismo, calibanismo, antropofagia cultural y consume en América Latina*. Iberoamericana Vervuert, Madrid y Frankfurt, 2008, p. 496.

^{xxxviii} Fornet, J. *El año 71, anatomía de una crisis*. Ed. Letras Cubanas, La Habana, 2013, p. 114-128.

^{xxxix} Castro, F. Discurso como conclusión de las reuniones con los intelectuales cubanos, Biblioteca Nacional, La Habana, Junio 1961. (DEPARTAMENTO DE VERSIONES TAQUIGRAFICAS DEL GOBIERNO REVOLUCIONARIO) <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1961/esp/f300661e.html>

^{xl} La mención o “puya” de Fernández Retamar al Affaire Padilla, es a partir de una novela de Carlos Fuentes: “En *La muerte de Artemio Cruz*, un secretario integrado plenamente al sistema sintetiza su biografía en este diálogo: —Es usted muy joven. ¿Qué edad tiene? —Veintisiete años. —¿Cuándo se recibió? —Hace tres años... Pero... —¿Pero qué? —Que es muy distinta la teoría de la práctica. —Y eso le da risa. ¿Qué cosa le enseñaron? —Mucho marxismo. Hasta hice mi tesis sobre la plusvalía. —Ha de ser una buena disciplina, **Padilla**. —Pero la práctica es muy distinta. —¿Usted es eso, marxista? —Bueno, todos mis amigos lo eran. Ha de ser cosa de la edad.” (El destaque en negritas es mío.)

^{xli} “La función del Congreso es que los intelectuales deben preparar el camino para la abolición de los intelectuales en tanto encarnación de la cultura” (T. del A.). Original en inglés en: Jáuregui, C. A. *Canibalia. Canibalismo, calibanismo, antropofagia cultural y consume en América Latina*. Iberoamericana Vervuert, Madrid y Frankfurt, 2008, p. 500.

^{xlii} Machín, H. *Roberto Fernández-Retamar, profesional de la utopía*. En: *Roberto Fernández Retamar y los estudios latinoamericanos* (Elzbieta Sklodowska y Ben A. Héller, editores), Pittsburgh, ILLI, 2000, pp. 155-179.

^{xliii} Jáuregui, C. A. *Canibalia. Canibalismo, calibanismo, antropofagia cultural y consume en América Latina*. Iberoamericana Vervuert, Madrid y Frankfurt, 2008, p. 503.

^{xliv} Molina Rodríguez, A. *Los hombres color del silencio* (Premio de Novela en el Concurso Aniversario del Triunfo de la Revolución, 1975). Arte y Literatura: La Habana, 1975.

^{xlv} Jáuregui, C. A. *Canibalia. Canibalismo, calibanismo, antropofagia cultural y consume en América Latina*. Iberoamericana Vervuert, Madrid y Frankfurt, 2008, p. 503.

^{xlvi} Es una frase atribuida al general franquista José Millán Astray (España, 1879-1954) en una polémica de 1936 con el intelectual Miguel de Unamuno.

^{xlvii} Borges, J. L. *El escritor argentino y la tradición*, Sur, No. 232, enero-febrero, 1955, p. 7.

^{xlviii} Jáuregui, C. A. *Canibalia. Canibalismo, calibanismo, antropofagia cultural y consume en América Latina*. Iberoamericana Vervuert, Madrid y Frankfurt, 2008, p. 507.

^{xlix} Matušková, M. *Las UMAP y la Revolución: el papel de la plantación en El central y Arturo, la estrella más brillante de Reinaldo Arenas*. Mester, Vol. 43, Issue 1, Dep. Spanish-Portuguese, Univ. California, L.A., 2014.

^l Jáuregui, C. A. *Canibalia. Canibalismo, calibanismo, antropofagia cultural y consume en América Latina*. Iberoamericana Vervuert, Madrid y Frankfurt, 2008, p. 504.

^{li} Fernández Retamar, R. *Una aclaración necesaria a propósito de unas palabras de Roberto González Echevarría*. Revista Iberoamericana, 168-169, pp. 1179-1182, Pittsburgh, PA, 1994.

ⁱⁱⁱ Mañach, J. *Indagación del choteo*. En: Calibán, revista cubana de pensamiento e historia. La Habana, Octubre 2010 – Marzo 2011. http://www.revistacaliban.cu/articulos/9_indagacion_choteo.pdf

ⁱⁱⁱⁱ Starbucks. Company Information. <https://www.starbucks.com/about-us/company-information>